La Poesía de Miguel Angel Asturias

APREHENSIÓN DEL ESPÍRITU INDÍGENA

Lo que caracteriza y define a la poesía guatemalteca contemporánea (observándola dentro del amplio panorama de la poesía escrita en lengua española) es, nos parece, su *aprehensión* del espíritu del mundo indígena: su forma es mediterránea, mas su acento más hondo está influido por la magia viva del *Popol-Vuh* y de otros libros indígenas nuestros como el *Memorial de Sololá* (Anales de los Xahil o Anales de los Cakchiqueles), el *Título de los Señores de Totonicapán* y el *Rabinal Achí*. Como lo ha afirmado Luis Cardoza y Aragón, el *Popol-Vuh* es el libro fundamental, la biblia de nosotros, hijos del maíz:

Lo extraordinario en Guatemala y México, meollo indígena de América, es cómo el corte de la tizona española no nos ha separado del mundo antiguo, de la poesía primigenia y original, de nuestra carga explosiva y mágica. El mito se hizo carne. Al partir la tizona la Serpiente Emplumada, los trozos cobraron nueva y vieja existencia. Y se internaron en las selvas y se escondieron por todas partes. Hoy reptan y vuelan en palabras, sangre y sueños, tan vivos como en códices, leyendas, frescos y monolitos.

Más tarde señala el mismo LCyA (véase *Guatemala, las líneas de su mano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955) que el carácter único del *Popol-Vuh* se realza por el hecho de ser una de las más puras formas que existen de la matinal palabra del hombre. Para este poeta y crítico de nuestro país, la pasión, la obsesión de eternidad, hace perdurable en el *Popol-Vuh* la vigencia poética. Y no sólo en los grandes libros mayas: los frescos, la escultura —añade—, son creaciones de la misma mentalidad de los textos sagrados: ilustraciones o concreciones tangibles de la poesía. Tanto LCyA, Miguel Angel Asturias y el que es-

cribe estas páginas, hemos nutrido nuestra poesía en el espíritu vivo de esa tradición indígena. Por eso, hacemos nuestra la afirmación de LCyA:

Las palabras llevan plumas de quetzal y orquídeas y arcilla roja de los ídolos. La supervivencia de lo indígena es tan grande por ello: estilo nacido en el propio ambiente natural en que vivimos. Nos apasiona el adorno, la voluta, el colorido. Una suntuosidad estival que nunca pierde su refinado vigor. Una sabiduría orgiástica y severa. (*Op. cit.*, p. 108.)

La poesía guatemalteca contemporánea nace con la generación de 1920 (Miguel Ángel Asturias, Luis Cardoza y Aragón y César Brañas). Estos poetas abandonaron definitivamente las orquestaciones coloristas y a menudo superficiales de la generación modernista anterior (de la que sobrevive un poeta importante, Rafael Arévalo Martínez) y comenzaron a construir una poesía que heredaba de los modernistas únicamente el rigor técnico, la maestría verbal, y que, a diferencia de ellos, ya se preocuparon en descubrir en dónde estaban los valores más hondos de nuestro mundo guatemalteco: en el hechizo potente y aún no destruido de la tradición precolombina.

EL CASO DE MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Miguel Ángel Asturias (nacido en la ciudad de Guatemala en 1899) parece ser el escritor de la generación de 1920 que, de manera más honda y esencial, ha sabido interpretar y expresar —tanto en su obra poética como en sus novelas— el modo de ser del ente guatemalteco: desde sus celebradas *Leyendas de Guatemala* publicadas hace más de tres décadas en Francia,¹ ya se manifiesta con plenitud, en su estilo original y denso, mucho del espíritu y modo de reaccionar del guatemalteco ante la realidad, ante el mundo. A eso se debió, pensamos, el éxito de ese libro: mostraba ante los ojos cultos y equilibrados de los europeos del siglo XX un mundo virgen y en permanente ebullición, un continente colmado de magia deslumbrante, de colorido y fascinación. La prosa imantada y poética de Miguel Ángel Asturias estaba nutrida de un aire salvaje y elemental, de un calor animal y vegetal que dejaba en cada página un vaho de tierras inholladas, de maderas respirantes, de minerales endurecidos de eternidad. Esta obra en prosa nos parece, paradójicamente, el libro

¹ *Légendes du Guatemala*, traducción de Francis de Miomandre, con una cartaprólogo de Paul Valéry. Editions Cahier du Sud, París, 1932.

más *poético* del autor: las palabras se ven cargadas de tensión y verdadera calidad lírica: rebasan su contenido natural al hacerse materiales de un lenguaje naciente, hasta ese momento desconocido.

Antes de hacer referencia a su obra poética propiamente dicha, aproximémonos a otra de sus novelas, *Hombres de maíz*,² la cual nos parece agitada por tempestades de intenso lirismo. Es en el centro de nuestra tierra ardida y con sueño, sedienta y húmeda, en donde desarróllanse con no igualada intensidad los sucesivos actos de esta obra de Asturias que es nuestra, guatemalteca, desde el pellejo, desde la periferia, hasta lo más hondo de la entraña. La suave penumbra de este clima maravilloso de Guatemala, de oros tropicales y guacamayos y loros y quetzales que encienden soles en el aire intacto, es solamente alumbrada, de cuando en cuando, por muchedumbres de ojos indígenas estremecidos aún por los vientos iluminados del *Popol-Vuh*. Porque son indios con ojos de agua llovida los que transitan sonambúlicamente por entre estas páginas ardidadas de magia telúrica, de embriaguez de *chicha* que se derrama como un río, humedeciendo la reseca costra de lo terrestre. Hombres y animales elementales son los protagonistas de esta obra, cruzando entre los valles de un tiempo mitológico, poético, donde el aire mismo tiene olor a caballo mojado...

Y, en medio de un derroche de imantadas imágenes que muestran en toda su pureza a esta luz nuestra, compacta y diamantina, lo vegetal reinando sobre la tierra guatemalteca, dándole color y sentido, plasticidad viva a todo lo real. Y ese ambiente alucinante sólo se ve más justo y concreto cuando asoman por entre las veredas seres con cara de cáscara de palo viejo, indígenas en cuyas arrugas transcurre el tiempo sin prisa de la eternidad. Y otros, los mestizos, aparecen de cuando en cuando con sus humanidades lacerantes, con sus complejos de seres que solamente han sido untados de ladinos... Porque eso es en primera y última instancia el mestizaje: un unto, un barniz que todavía no ha sido dilucidado o digerido, desde el momento que a nuestros pueblos latinoamericanos les falta aún poseer una conciencia madura y actuante de su mestizaje, del drama de nuestro origen, del conflicto de las sangres indígena y mediterránea.

El poeta que alienta en Miguel Ángel Asturias posee el poder mágico, de tan real, de trastocar lo circundante, humanizando hasta a los elementos. Por eso no es raro que nos hallemos de pronto, frente a un barro que se arruga año con año y pone cara de viejo; o ante el fastuoso espectáculo del fuego de los guerreros (fuego de la guerra), en donde llo-ran hasta las espinas... Y, el silencio, es un silencio de sangre seca en

² Editorial Losada, Buenos Aires, 1949.

la boca. Y los hombres están tan cargados de pasiones elementales, que no estallan, sí, no estallan, pero están perennemente, sin decir palabras, desangrándose por dentro. En el peruano Vallejo, en el chileno Neruda, en el mexicano Villaurrutia y en algunos otros pocos representativos de la poesía latinoamericana hemos observado, también, ese poder de alto lirismo que les permite transformar y humanizar la realidad.

SIEN DE ALONDRA

En 1948, Miguel Ángel Asturias nos envió (desde Buenos Aires, en donde residía) su libro *Sien de alondra*.³ Ese volumen de doscientas cincuenta páginas contiene la obra —contemplada desde un exigente plan antológico— de treinta años de persistente entrega a la poesía: 1918-1948. Cuatro ciclos de creación, cuatro estaciones perfectamente delimitadas que alimentan el cuerpo todo de ese organismo lírico.

Asturias es el poeta objetivo de Guatemala. En su poesía predomina lo corpóreo, las formas clásicas depuradas; en suma: el sentido de lo visual y aéreo. Descubre a la tierra guatemalteca en su esencia más íntima y sabe elevarla a la estatura de hecho lírico con su embriaguez tropical. Su mundo imaginativo, su metaforismo exacerbado bucea insólitas correspondencias con lo real. Su sentido lírico se orienta hacia lo telúrico y vegetal y en esos reinos se mueve con el desenfado, con la soltura de un hijo verdadero de nuestra América indígena. Porque eso sigue siendo Miguel Ángel Asturias: un indio perfecto, pese a su cosmopolitismo.

Una segura vocación y una despierta sensibilidad le han permitido a este poeta afilar sus armas, llegar a ser dueño de un estilo poético que ha logrado salvar las marejadas del irracionalismo reciente, para organizar una obra que mantiene su gran temperatura y originalidad, sin hacer concesiones a lo trivial. Juego y rejuego de las formas. Rigor expresivo. Sentidos ávidos que extraen de su lucha con el mundo los materiales con los que edifica su orbe poético. Gran poeta de tono menor, lírico intransferible de una ciudad pequeña, a pesar de sus andanzas por el mundo, Miguel Ángel Asturias es dueño del matiz especial, de la nota fresca y vaporosa para dar la pincelada que nos descubre un recodo de su mundo, de su Guatemala natal, de su parentesco esencial con la tierra, con sus gentes, con sus sensaciones abandonadas; por eso, cuando retorna, como un hijo pródigo, ellas se le *abren* nuevamente con su sorpresa y virginidad.

³ *Sien de alondra* (poesía), Editorial Argos, Buenos Aires. 1948.

En este volumen se muestra con claridad la lucha que ha librado el poeta, a través de los años, con la poesía. Sus poemas de juventud ya nos daban la medida de su fuerza: cantos minerales, nutridos de antiguo y clásico sabor, tanto por la forma rígida como por el acento oscuro que los sostenía. Esos cantos, al cabo de varias décadas de haber sido escritos, no han perdido su sabor térreo, su frescura: se ve que pertenecen al mundo más profundo del autor.

Luego, su experiencia europea. Poemas bien trabajados, pero a los que sentimos les faltaba *algo*. Acaso verdadera emoción. Se comprende que el poeta se enfrenta a un universo al que no domina bien. Poemas de experiencia, indudablemente. Pero experiencia un poco "turística", si se nos permite el término.

Año de 1940. Nuevamente, Asturias está en Guatemala. Regresa de su vuelta al mundo y ve a su tierra con esta nueva mirada. Los sentidos, antes ávidos, ahora saben degustar y, por lo tanto, extraer de la realidad mayores secretos, perspectivas antes inesperadas. A esta época pertenecen los poemas "Mi ciudad", "Jubileo", "Claridad lunar". Los cinco años de producción lírica comprendidos entre 1943 y 1948 son, indudablemente, los más intensos. De *Sien de alondra*, medio volumen incluye los primeros 25 años de su labor; la otra mitad está compuesta del 43 para acá. Y ésta es, creemos, la mejor época. El poeta, ya más dueño de sus instrumentos verbales, con un caudal mayor de experiencia literaria, forja su altivo continente sonoro. A este ciclo corresponde el poema "Tecún-Umán", animado de secretas resonancias del mundo maya prehispánico. Reproducimos unos fragmentos:

Tecún-Umán, el de las torres verdes,
el de las altas torres, verdes, verdes,
el de las torres verdes, verdes, verdes
y en fila india indios, indios, indios
incontables como cien mil zompopos:
diez mil de flecha en pie de nube, mil
de honda en pie de chopo, siete mil
cerbataneros y mil filos de hacha
en cada cumbre ala de mariposa
caída en hormiguero de guerreros.

El barroquismo misterioso y sagrado de los mayas antiguos que vivían inmersos en el tiempo, enamorados de la eternidad, se muestra de nuevo en estos versos suntuosos y plásticos del poema asturiano:

Tecún-Umán, el de las plumas verdes,
 el de las largas plumas verdes, verdes,
 el de las plumas verdes, verdes, verdes,
 verdes, verdes, Quetzal de varios frentes
 y movibles alas en la batalla,
 en el aporreo de las mazorcas
 de hombres de maíz que se desgranán
 picoteados por pájaros de fuego,
 en red de muerte entre las piedras sueltas.

Y no podía faltar el tema de la muerte, humedeciendo, como una ola trágica, los umbrales de la desesperación y de la sombra. La muerte del gran guerrero indio alcanza, en este poema, una grandiosidad conmovedora:

¡Tecún-Umán!

Silencio en rama...

Máscara de la noche agujereada...

Tortilla de ceniza y plumas muertas
 en los agarraderos de la sombra,
 más allá de la tiniebla, en la tiniebla
 y bajo la tiniebla sin curación.

El Gavilán de Extremadura, uñas,
 armadura y longinada lanza...

¿A quién llamar sin agua en las pupilas?

En las orejas de los caracoles sin viento
 a quién llamar... a quién llamar...

¡Tecún-Umán! ¡Quetzalumán!

La magia poética de Miguel Ángel Asturias también se muestra radiante en su variada producción sonetística. Los del ciclo último parecen ser los más acendrados. Ya no es solamente el conocimiento del idioma, la habilidad técnica: detrás de todo esto, alimentándolo entrañablemente, está el soplo demoníaco o sagrado de una pasión atormentada y atormentadora. El oscuro fuego del amor le hace dar las notas más altas de su lirismo. He aquí su soneto "Ulises", en donde utiliza la idea gideana del volver sin regresar:

Íntimo amigo del ensueño, Ulises
 volvía a su destino de neblina,

un como regresar de otros países
a su país. Por ser de sal marina
su corazón surcó la mar meñique

y el gran mar del olvido por afán,
calafateando amores en el dique
de la sed que traía. Sed, imán,

aguja de marear entre quimeras
y Sirenas, la ruta presentida
por la carne y el alma ya extranjeras.

Su esposa le esperaba y son felices
en la leyenda, pero no en la vida,
porque volvió sin regresar Ulises.

En la parte final de *Sien de alondra* están los poemas más intensos: "Elegía", "El Bautista y Salomé" y "Ella misma". Son los cantos más íntimos y desgarrados; estamos en presencia del hombre de carne y hueso, no ya guatemalteco, sino universal.

En su "Flecha poética", prólogo para esta colección de poemas de Miguel Ángel Asturias, Alfonso Reyes escribió (fragmento):

Aquel sobresalto gustoso con que nos atraían y punzaban los poemas de Miguel Ángel Asturias, cuando los leíamos en orden disperso, uno aquí y otro allá, hoy éste y mañana aquél, ahora que leemos la obra organizada en libro y completada con tanto material inédito, se nos convierte en admiración y aun gratitud. Hay en este libro algo de hazaña, hazaña de investigación poética, la cual no podría llegar a tal término de excelencia (dejémonos por ahora de estímulos, inspiraciones, fuentes y demás armas de la cultura), sin una consulta sincera de la propia naturaleza y de sus actuales reacciones ante el desafío del mundo; sin una vuelta 'cartesiana' a las evidencias poéticas.

"BOLÍVAR Y "ALTO ES EL SUR"

De la producción poética de Miguel Ángel Asturias posterior a *Sien de alondra*, señalamos aquí dos de sus mejores poemas: "Bolívar" y "Alto es el Sur", que es un canto a la Argentina, en donde el poeta vivió varios

años. En el primero de los cantos mencionados, ese que es exaltación de El Libertador, Asturias asciende a los climas épicos y forja un poema en donde las palabras estallan al ser sometidas a la gran temperatura heroica que el hacedor de mitos se impone a sí mismo:

Las veces que dije que no era la playa de pecho de arena,
sino su caballo!
¡Las veces que dije que no eran las olas de crines de espuma,
sino su caballo!
¡Las veces que dije que no eran mareas de cascós oleantes,
sino su caballo!
¡Las veces que dije que no era el tasquido del golfo en el freno,
sino su caballo!

(Fragmento.)

En el otro poema que hemos recordado, "Alto es el Sur", el poeta guatemalteco asciende a los ámbitos del entusiasmo y la embriaguez para cantar a la República Argentina. He aquí un fragmento:

Alto es el Sur,
rayos de dioses con vetas de metales maduros,
sin novedad ni abriles, de sol y hielo estático, fecundo.
Techumbre de ceniza, de cielo azul ceniza.
Bóveda para aves de pico, garra y hambre,
por donde pasa el viento huracanado, tráfuga,
y el agua sabe a sueño y a derrumbe.
Quietud de majestades en los lagos australes,
ojo de cristal tibio para ángeles de presa,
no giran en la tierra, ya están del otro lado,
tal vez en el satélite.

Otros críticos han llegado a entusiasmarse con algunos juegos poéticos de Miguel Ángel Asturias, como sus "fantomimas" y "jitanjáforas" que a nosotros no nos interesan, por considerarlas ejercicios intrascendentes de juglaría lírica. A este respecto, la escritora Aláide Foppa, en su ensayo "Realidad e irrealdad en la obra de Miguel Ángel Asturias,"⁴ expresa:

Supongo que Alfonso Reyes, al señalar la "hazaña de investigación poética", no se refería a la nitidez de algunos sonetos o a la

⁴ En *Cuadernos Americanos*, XXVII: 1 (México, enero-febrero de 1968).

sonoridad de ciertos versos, sino a algo nuevo, que aparece sobre todo en esas composiciones dialogadas, a las que Asturias llama "fantomimas", aludiendo a su forma hasta cierto punto teatral y al juego de fantasía o de fantasmas que se realiza en ellas. No es ajena la influencia del Romancero, especialmente en una de ellas, *El Rey de la Altanería*, escrita en octosílabos y en algunos otros poemas; pero tal influencia, percibida sobre todo a través de García Lorca por tantos poetas de la época, es más bien exterior, mientras lo nuevo, lo propio de Miguel Ángel Asturias, se manifiesta en un humorismo funambulesco donde se mezclan, con gracia y picardía, elementos infantiles, alocadas invenciones y fragmentos de la leyenda. Todo ello vivificado por el uso desenfadado de juegos de palabras, onomatopeyas, jitanjáforas, trabalenguas, aliteraciones y rimas internas.

CLARIVIGILIA PRIMAVERAL

En una bella edición bilingüe (la traducción al francés la hizo René L. F. Durand), Gallimard incluye, como título primero de su nueva colección *Poésie du monde entier* (aparecida a fines de 1966), un extenso poema de Miguel Ángel Asturias, intitulado *Clarivigilia primaveral*.⁵ A través de diez cantos de encendido y barroco lirismo (influido indudablemente por el mundo mítico y deslumbrante del *Popol-Vuh*), el poeta guatemalteco crea una atmósfera de pasmo y fascinación, un nuevo canto de amor a Guatemala, a la que no nombra directamente, pero que es dable reconocer en su plástica magnificencia: tierra de miel, comarca de la luz, latido en donde las Inmensas Viudas elementales (la Noche, la Nada, la Vida) parecen resguardar la eternidad.

Dueño de un lenguaje que ha bebido lo popular en las entrañas de la tradición, Asturias organiza sus palabras (operarias de la luz, las llama) y las hace volar, danzar, electrizadas con los copales milenarios de lo autóctono. La realidad, así, aparece situada o contemplada desde una *clarivigilia* en donde seres y cosas están humedecidos por los sueños. En este continente mágico construido por la poesía, la noche parece sangrar entre sus silencios, iluminada por el resplandor de blancos colmillos de solsticios.

Imágenes frutales de mujeres, espumas petrificadas, cuchillos de pederal calentados al rojo vivo del corazón, seres y cosas remojadas en

⁵ *Clarivigilia primaveral (Claireveillée de printemps)*. Poésie du monde entier, nrf, Gallimard, París, 1966. 144 pp.

agua de sueños cruzan por el ámbito de este canto. Milites que niegan la vida y siembran la muerte son la paradójal mancha en una tierra exuberante y prodigiosa, nupcial vendimiadora del aire y de la luz.

La poesía —memoria con llanto—, al organizar su fuego (ese resplandor donde lo real y lo irreal llegan a hermanarse), hace que él, el fuego, sea la risa de piedra, el "bálsamo hirviente de los liquidámbares", "perfume de los tamarindos en llamas". Es una sensualidad desatada la que conmueve a este poema: a través de chorros de agua se lanza "al tigre del incendio" ("pour enlacer le jaguar de l'incendie", según la versión de Durand).

La tierra se alimenta de huellas de maíz que da luz,
 un solo maíz y todo el sol radiante,
 de alas de quetzales que cambian el color del cielo,
 un solo quetzal y todo el cielo verde,
 de hilos de lluvia, de hilos de sangre,
 la tierra se alimenta de sangre...
 la vida y la muerte en las huellas de los cazadores...
 huellas... huellas... la vida y la muerte... huellas...
 huellas... huellas de crepúsculo pechirrojo... huellas...
 la vida y la muerte... huellas... huellas...
 huellas de aurora cariamarilla... huellas... huellas...
 la vida y la muerte... huellas... huellas...
 huellas de joyel de pluma de garza... huellas...
 la vida y la muerte... huellas... huellas...
 huellas de polvareda de obsidiana... huellas... huellas.

Lo bárbaro y lo primitivo de una tierra en erupción permanente sacude a estos poemas de guerrear mítico: en ella cielo y tierra se han hecho la morada de guerreros impulsados por fuerzas satánicas y sagradas a la vez. En ella, el zenzontle es toda la música; la guacamaya, el grito de todos los colores ante los copales del esplendor:

Todo de cabeza en el lago inmóvil,
 la alta comba del cielo convertida
 en hamaca de estrellas titilantes,
 los volcanes de cabeza, pirámides invertidas,
 los árboles de plumaje lloroso,
 todo de cabeza, menos los cazadores,
 los Flechadores del Cielo,

Águilas-Horizonte que sustraían su imagen
al espejo robador de huellas,
al lago inmóvil, sin olas, sin uñas,
agua de azulejo oscuro en los hondones,
agua de guacamaya azul en las orillas lúcidas,
agua de perico verde a la sombra de los sauces,
agua de pato de níquel o espuma de paloma
en los playados donde detuvieron los cazadores,
antes del asalto, sus huellas en abanicos luminosos
que transformaban el lago,
refugio de los artistas únicos,
en espejo de cola de pavo real.

Con su arte de burbujas, con su palabra cristalizada por elementos decorativos que crean una dimensión de colorido sinfónico, Asturias ha escrito un extenso canto que es, nos parece, la glorificación mítica de Guatemala. Poeta visual por antonomasia, el reino de lo cromático es su dominio; lo barroco y suntuoso, su elemento. Los paralelismos y repeticiones característicos de la poesía indígena precolombina son también su *leitmotiv*, aunque a veces parezca abusar de éstos. Por eso su dramatismo nos parece superficial. Sus imágenes, algunas muy bellas, adolecen de la misma falla: no constituyen una increada y recién nacida correspondencia entre elementos opuestos o desemejantes, sino que persisten en ser comparaciones de uso corriente. Lo cual se debe, pensamos, a que en Miguel Ángel Asturias son los instrumentos poéticos del modernismo —que fueron decisivos en su formación literaria— los que aún se mantienen vigentes. Ésa es la razón de que algunas veces, a lo largo de este poema, se le sienta oratorio y super barroco, alejado de las características de la poesía contemporánea, en donde lo metafórico logra la concentración y transfiguración aguda del lenguaje poético.

Digamos, pues, que este libro de Miguel Ángel Asturias es, comparándolo con su producción anterior, su poema más ambicioso y mejor estructurado. Recrea la atmósfera mítica y fosforescente de su Guatemala natal y, pese a algunas de sus limitaciones, continúa en la dirección mágica y sensual de sus famosas *Leyendas*, aquellas que entusiasmaron a Paul Valéry.

Editada por Gallimard (*nrf*), esta obra poética habrá de actualizar aún más el ya candente tema de nuestro país, sumido, desdichadamente, en un clima de opresión político-social enajenante. El combate que libran los antiguos dioses diurnos y nocturnos de la mitología maya (tal como

se canta en este poema), en la actualidad lo sostienen, cotidianamente, las fuerzas de la libertad contra las de los sojuzgamientos; las que desean una Guatemala libre y las que han propiciado la cada vez más pavorosa entrega de la soberanía. Escrito desde su exilio europeo, Miguel Ángel Asturias ha forjado un canto que, como el landivariano, se ha incorporado ya a las tradiciones del Nuevo Mundo.

La traducción de René L. F. Durand es prácticamente literal, con muy ligeros cambios en algunos conceptos.

NOTA FINAL

Todo el ámbito de la lengua española (y no solamente Guatemala, en donde nace, o la América Latina) está de fiesta por el merecido triunfo literario mundial de Miguel Ángel Asturias, al ganar el Premio Nóbel de Literatura correspondiente al año 1967. Desde hace algunos años el nombre del gran escritor sonaba para conquistar ese galardón (al lado de Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier y otros maestros del idioma) y, según lo anunció oportunamente el cable, en 1966 había quedado de finalista con el novelista soviético Sholojov, que le venció únicamente por un voto.

En 1967, pues, se le hizo justicia a Asturias por lo que respecta al ámbito de occidente, que es en donde el Premio Nóbel ha tenido mayor vigencia. Es, digámoslo en términos geográficos, la otra mitad del mundo la que le ha reconocido, pues la otra, la oriental, le había dado el Premio Lenin de la Paz en 1965. Señalamos aquí que tanto Oriente como Occidente le han dado a Miguel Ángel Asturias los dos mayores premios de que disponen. Primero, lo premió el mundo socialista; luego, el capitalista. Esta rara unanimidad es la primera vez que se da y testimonia, sin regateo alguno, la vigencia universal del autor de las *Leyendas de Guatemala* y de *El Señor Presidente*.

A largo de casi tres décadas, nosotros hemos escrito numerosas páginas sobre la obra de nuestro compatriota; no es, pues, el impacto de sus éxitos mundiales recientes lo que nos hace fijar la atención en sus libros. Es necesario aclarar que el que esto escribe pertenece a la generación literaria que surgió en Guatemala en 1940. Nuestro grupo pugnó porque la función del intelectual se realizase fusionando la labor política con la literaria. Tratamos, así, de crear un arte directo, combatiente, que le revelara a nuestro pueblo la grandeza de nuestra tradición indígena y española, poniendo énfasis sobre lo precolombino. En ese sentido, continuamos y ensanchamos las directrices artísticas señaladas por Miguel Ángel

Asturias en sus *Leyendas de Guatemala*. Lo indígena lo sentimos desde dentro, en el espíritu y la sangre, dominando en la vertiente de nuestro mestizaje. Estas preocupaciones colman las páginas de algunos de nuestros libros: *Mundo indígena*, *Oda a Guatemala*, *Danza para Cuauhtémoc*, *Memoria del tiempo* (de la que existe una versión al francés), *La serpiente emplumada*, etcétera.

Con lo anterior queremos expresar que la obra literaria de Miguel Angel Asturias (tanto en prosa como en verso) supo influir poderosamente sobre nuestra generación. El que haya ganado varios premios internacionales ha venido a corroborar su indudable importancia. Escritor esencialmente guatemalteco y, por eso mismo universal, Asturias, siendo joven, pudo entusiasmar a Paul Valéry, quien en una carta a Francis de Miomandre, supo descubrir en sus *Leyendas de Guatemala*, lo siguiente:

...todas las edades de un pueblo de orden compuesto, todos los productos capitosos de una tierra poderosa y siempre convulsa, en quien los diversos órdenes de fuerzas que han engendrado la vida después de haber alcanzado el decorado de rocas y humus están aún amenazadores y fecundos, como dispuestos a crear, entre dos océanos, a golpes de catástrofes, nuevas combinaciones y nuevos temas de existencia. (Fragmento.)

Damos fin a estos textos sobre la obra poética de Miguel Angel Asturias citando a un escritor argentino, Atilio Jorge Castelpoggi, quien ha dedicado un libro al estudio de su obra:⁶

Si Heidegger define a la poesía como la fundación del ser por medio de la palabra, Asturias, en *Leyendas de Guatemala*, cumple intuitivamente esa premisa, es decir, se busca íntimamente él, su esencia misma, su herencia telúrica, y como además ésta se trasmite por el medio social en maravillosa identidad; *Asturias se funda en su pueblo*.

Ese ha sido el caso de Miguel Angel Asturias: echó raíces en nuestra tierra, cantó su cielo y sus misterios, exaltó sus tradiciones, se mantuvo vivo junto al pueblo. Primero fue nuestro, americano esencial; hoy, su mensaje se traduce a numerosos idiomas y es de todos los hombres.

⁶ *Clásicos del siglo XX: Miguel Angel Asturias*. Editorial "La Mandrágora", Buenos Aires, 1961. 224 pp.

Con él, la palabra mágica, sagrada y profundamente realista de nuestros abuelos mayas conquista todos los ámbitos culturales, comunicando su mensaje de libertad, de justicia y de esperanza.

RAÚL LEIVA

México, 1968